



# VNIVERSITAT DE VALÈNCIA

Investidura como "Honoris Causa" por  
la Universitat de València a Pedro Laín  
Entralgo

Discurso de aceptación

Valencia, 2 de abril de 1990

Excmo. Sr. Rector Magnífico,  
Señores Profesores,  
Señores Estudiantes,  
Señoras y Señores:

Si para todo universitario por vocación no hay honor más alto que el de recibir un doctorado *honoris causa*, ese honor sube de punto y se hace especialmente entrañable cuando lo otorga la universidad de que se fue alumno. Tal es hoy mi caso. Como buen estudiante de Ciencias, hace ahora sesenta y seis años comencé a saludar día tras día el bronce en que Valencia declara *praestantissimus* al más ilustre de sus filósofos. Como mal estudiante de Medicina, seis años más tarde dejaba de preparar las prácticas de Medicina legal en aquel exiguo y esquinado laboratorio, sobreañadido al viejo edificio de Guillén de Castro.

Caigo ahora en la cuenta de que mi paso por la Universidad de Valencia fue una doble carrera entre dos Pesets. Mi primer recuerdo de esta casa va unido a la audición del discurso de apertura del curso académico 1924-1925. *Amemus patriam* era su título, y don Vicente Peset, ya muy próximo a la jubilación, su autor y lector: una amorosa y erudita vindicación, en la línea de la iniciada por don Marcelino Menéndez Pelayo, de la magra, pero real contribución de España a la ciencia y al pensamiento universales. Y mi recuerdo postrero de su Facultad de Medicina son las brillantes lecciones de don Juan Peset, en una España tan lejana de la que torpemente había de matarle.

Entre la distraída audición de aquel discurso y la más atenta da estas lecciones -de ellas nació mi fugaz dedicación a la psiquiatría-, seis años de ir y venir del Colegio del Beato Juan de Ribera a la ciudad y de la ciudad al Colegio, cruzando el río por el siempre provisional *Pont de Fusta* o por el nunca envejecido Puente de Serranos. De mi paso por aquella Facultad de Ciencias y de mi ulterior asistencia a la de Medicina, dejadme incorporar a este acto el nombre de dos maestros, uno por cada una ellas; el del catedrático de Matemáticas don Sixto Cámara, arquetipo de lo que debe ser un docente universitario -en mis oídos resuenan todavía sus firmes pasos sobre el suelo de la galería superior de este edificio, cuando en el reloj del claustro sonaban las siete de la mañana-, y el del catedrático de Medicina legal don Juan Peset, que como Lecha Marzo, pero con más amplia y rigurosa formación científica, estaba cumpliendo el noble empeño de su generación intelectual: elevar hasta un nivel dignamente europeo la disciplina que profesaba.

Doce lustros después de dejarla como estudiante, vuestra generosidad me ha traído de nuevo, ahora como favorecido doctorando, como doctorando sin tesis doctoral, a la universidad de que fui alumno. Con ello me habéis puesto en el agridulce trance de recordar mi juventud y en el trance azorante de contemplar lo que desde entonces ha sido mi vida intelectual.

Porque en la benevolente consideración de lo que hice como universitario es donde vuestra generosidad ha quedado más patente.

¿Qué he hecho yo, como universitario? Lo diré con una vieja expresión latina: *multa, sed non multum*, muchas cosas, pero no mucho. La excesiva versatilidad de mis aficiones y mi blandura ante el requerimiento ocasional, *mea culpa*, han convertido en *multa*, en muchas cosas, el sucesivo resultado de mis trabajos; pero a la vez han

impedido que fuese *multum*, mucho, lo que dentro, claro está, de mis reducidos talentos, en el camino de mi disciplina universitaria yo hubiese podido hacer. ¿Dónde ha quedado la realización de aquel *corpus* de la historia de los saberes médicos que yo proyectaba hace ahora cuarenta años? ¿Dónde el término la colección de Clásicos de la Medicina que con tan buen ánimo habían iniciado poco antes mi *Bichat*, mi *Harvey* y mi *Claudio Bernard*? Una y otro se hallan en el etéreo reino de los futuribles. ¡Señor, no me juzgues por lo que hice, sino por lo que quise hacer!", dice, a través de uno de sus personajes, el André Gide de *Les nourritures terrestres*. Concediéndome este doctorado, más cerca de lo que yo quise hacer que de lo que yo hice os habéis situado vosotros.

A lo que yo he querido hacer y en parte hice pertenecen, en efecto, dos de las líneas de mi actividad universitaria e intelectual de que me siento menos insatisfecho: la elevación del prestigio de mi disciplina entre los médicos y los historiadores y la promoción del brillante plantel de los docentes e investigadores que hoy la cultivan.

Cuando con tan escasos méritos comencé a enseñar Historia de la Medicina, fue propósito mío conseguir que en España fuese cultivada esa materia con el mismo nivel con que entonces la pensaban y trabajaban los dos grupos de operarios más descollantes en todo el planeta: el norteamericano de Henry E. Sigerist, recién trasplantado de Leipzig a Baltimore, y el berlinés de Paul Diepgen, ya próximo a su volatilización, como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial. Sobre el suelo todavía fértil de Sudhoff y Neuburger, esos dos grupos eran en 1940 los árboles más vigorosos. ¿Por qué los españoles no habíamos de hacer, en la parcela histórico-médica del saber, algo equiparable a lo que en Alemania y en Norteamérica se hacía? Sin el menor engreimiento, al revés, con toda modestia, ¿por qué no proseguir en esa reducida parcela la tarea que a lo largo del siglo XX habían realizado los universitarios españoles que yo más admiraba: Cajal en las Neurociencias, Menéndez Pidal en la Filología Románica, Ribera y Asín Palacios en la Arabística, Cabrera, Palacios y Duperier en la Física, Moles y Obdulio Fernández en la Química, Bolívar en la Zoología, Augusto Pi i Sunyer en la Fisiología, Ortega y Zubiri En la Filosofía San Martín y Goyanes en la Cirugía, Nadinaveitia y Marañón en la medicina interna?

Pues bien: sumando lo que personalmente he hecho yo y lo que desde 1950 vienen haciendo los que se unieron a la empresa por mí iniciada, puedo decir que la respuesta a esas exigentes interrogaciones ha sido muy aceptable. Durante esos cuarenta años, la contribución española, no sólo a la historia de la Medicina en sentido estricto, también a las varias disciplinas que desde ella han sido cultivada -la historia de las ciencias afines al saber médico, el documentalismo científico, la antropología médica, la bioética, los aspectos antropológicos y médicos de la literatura-, en modo alguno desmerece de la alemana, la francesa, la inglesa, la italiana o la norteamericana. La consigna que con terca monotonía vengo desde hace años repitiendo, ser en España *europensibus ipsis europensiores*, más europeos que los que por arquetípicamente europeos se tienen a sí mismos, ha sido decorosamente cumplida por los historiadores de la Medicina.

Respecto de ellos creo haber sido más incitador que maestro.

Es maestro el docente que, de manera asidua y próxima, con su ejemplo y su consejo ayuda a que el discípulo vaya realizando su vocación personal y construyendo su obra

propia. Es sólo incitador quien de un modo o de otro, mediante su palabra hablada o su palabra escrita, promueve y pone en marcha esa vocación y abre la mente del discípulo a posibilidades y caminos que acaso él no habría descubierto por sí mismo. Por obra de una serie de instancias psicológicas que lealmente debo confesar -mi vivo respeto a la autonomía de los demás, mi tendencia a encontrar suficientemente bien lo que en los demás no me parece inaceptable, mi fuerte y egoísta inclinación cartesiana al *solus recedo* y a la comodidad: ser verdadero maestro no es faena cómoda-, yo he visto complacido cómo en torno a mí, cada cual a su modo, pero todos en alguna medida incitados por mi palabra hablada o por mi palabra escrita, han ido surgiendo cultivadores de mi disciplina a la mejor altura de lo que en ella hoy se hace en Europa y América. Para mí, agradecidamente debo decirlo, un verdadero privilegio. Dejarme expresar trasladando a mi persona tres palabras del ritual latino de la misa: todos ellos *laetificant senectutem meam* y a ellos toca una parte del honor que en este acto se concede.

Sí, también a ellos. Porque no poco habrá pesado en vuestro ánimo, para regalarme ese honor, el hecho de ver diariamente junto a vosotros la obra universitaria y científica de uno de los más brillantes docentes incitados por mí, José María López Piñero íntimamente obligado me siento a exponer, aunque sea por modo casi telegráfico, los varios aspectos de esa importante obra.

Ante todo, la producción histórico-médica. Su tesis doctoral sobre la historia del concepto de neurosis -continuada luego, en colaboración con el llorado José M<sup>a</sup> Morales, en su espléndida monografía *Neurosis y psicoterapia. Un estudio histórico-*, y a renglón seguido sus no menos valiosos trabajos monográficos sobre J. H. Jackson y sobre distintos aspectos de la medicina moderna, sus magníficas monografías acerca de Francisco Valles, Ramón y Cajal y Virchow, tantos y tantos títulos más, le han dado y seguirán dándole amplio renombre internacional entre los doctos. A todo lo cual hay que añadir los restantes órdenes de su fecunda actividad: el documentalismo histórico-médico, del que ha sido pionero en España, la historia de la ciencia española, la suscitación de discípulos y colaboradores, la institucionalización universitaria de su disciplina.

En el curso de los últimos decenios, el cultivo de la historia de nuestra ciencia ha tenido en España excelentes operarios, entre ellos el tan meritorio Joan Vernet. Pero sin la menor sombra de injusticia puede y debe decirse que en el curso de la historiografía de la ciencia española hay un "antes" y un "después": antes y después de José M<sup>a</sup> López Piñero. Respecto de su extraordinaria capacidad para la promoción de discípulos sobresalientes, baste una escueta serie de nombres: María Luz Terrada, Luis García Ballester, Juan Riera, Emilio Balaguer, Rosa Ballester, José Luis Peset, Elvira Arquiola, Pedro Marçet, Guillermo Olagüe, Francesc Bujosa y los no pocos que hoy trabajan en su Instituto. Del cual, con la con la biblioteca y el museo en él instalados, la institución en que mejor se recuerda lo más florido de la historia de la medicina valenciana, Sí: al concederme el honor de este doctorado *honoris causa*, es seguro que la estimación de la obra de José M<sup>a</sup> López Piñero habrá influido sobre vosotros.

Al futuro universitario de la disciplina de José M<sup>a</sup> López Piñero y mía quisiera que sirviese también la significación del acto que -yo, naturalmente, muy en primer término- hoy celebramos.

"*No entens aquesta llengua - que et parla entre perills?*", decía Maragall a la patria común en su patética *Oda a Espanya*. No vacilo en hacer mío, en relación con esa disciplina, lo que respecto de la lengua catalana escribió en 1898 uno de los máximos poetas en ella. Entre peligros, en efecto, va hacia las sombras del mañana la pervivencia universitaria de La Historia de la Medicina. Procede el peligro de quienes sólo como conjunto de técnicas diagnósticas, terapéuticas y sanitarias quieren ver la actividad del médico; con lo cual vienen a ser notoriamente injustos con quienes enseñan -deben enseñar- a los médicos, no, naturalmente, la ejecución y la eficacia de esas técnicas, pero sí el modo como a lo largo de los siglos paulatina o rápidamente han sido conquistadas, y culposamente olvidan que las cosas se entienden y se saben mejor cuando se conoce cómo se han formado. Más aún olvidan.

Porque convirtiendo al médico en mero sabedor de técnicas diagnósticas, terapéuticas y sanitarias desconocen que la enseñanza de la medicina pertenece a una Facultad universitaria, no a una Escuela técnica y profesional de la práctica médica, y privan al futuro médico de la única ventana que -hoy por hoy- puede abrir su mirada al mundo de la cultura y a la integridad de la vida humana. Si una universidad no enseña fundamentos y horizontes, además de enseñar saberes particulares y técnicas, esa universidad deja automáticamente de serlo. Por muy amplia que deba ser la diferencia entre las universidades de hoy y las de ayer. Sin esto, ni la universidad humboldtiana, prototipo de la universidad científica e investigadora, seguirá siendo lo que fue, la universidad norteamericana, crisol hoy de inquietudes y excelencias, llegar a ser lo que ambiciosamente quiere ser.

Los reformadores de nuestros planes de estudios, ¿querrán tener en cuenta estas, a mi modo de ver, obvias verdades? Los docentes españoles de Historia de la Medicina, ¿sabremos -sabremos, sí, porque como profesor emérito sigo yo en sus filas- sabremos cumplir el deber que sobre nosotros pone esa ambiciosa, pero ineludible visión de nuestra disciplina? Para mí, no podía tener pleno sentido este acto sin haber formulado ante vosotros esas dos preocupadas interrogaciones.

Volvamos a él, y con él a la institución que le sirve de marco; a la universidad española, hoy para mí representada por la que hace tantos años tuvo como un alumno más al que hoy ha querido recibir entre sus doctores. Después del grave, doloroso trauma que nuestra guerra civil le infligió, la universidad española -pese a la escasez de medios, pese a la masificación, pese a la evitable y no evitada jubilación anticipada- alberga en su seno varios oasis ya florecientes y aún prometedores, los correspondientes a las varias disciplinas en cuyo cultivo se ha llegado a un nivel mejorable, sin dudar pero satisfactorio: la bioquímica, la filología clásica y la románica, la física, la química psicología, la historiografía, por citar sólo algunas. Me atrevo a pensar que entre ellas puede estar la historia de la Medicina.

Pero esto no nos basta, si queremos que España, lo diré con la fórmula que tantas veces he repetido, produzca la ciencia correspondiente a un país, europeo y occidental de cuarenta millones de habitantes.

Pienso que actos como este deben servir para que los universitarios, allende la entrega al trabajo cotidiano, nos miremos a nosotros mismos y afirmemos nuestra voluntad de alcanzar esa sugestiva meta. Estimulado por el abrazo con que mi universidad hoy me ha recibido, quiero que la reiteración de ese propósito tenga parte importante en la expresión de mi agradecimiento. Ya nonagenario, me dijo una vez don Ramón Menéndez Pidal: "Hago mi vida pensando que no hay joven que no pueda morir al día siguiente, ni viejo que no pueda vivir un año más". No sé cuántos podré decir yo lo mismo. Pero mientras pueda hacerlo, la voluntad de colaborar en la medida de mis fuerzas al auge de nuestra universidad será motivo principal mi trabajo. Y con esa voluntad, dentro de ella, irá siempre mi indeleble gratitud a quienes habéis querido que la universidad de que fui *alumnus*, niño o adolescente a quien se alimenta, siga siendo en mi vejez *alma mater*, madre nutricia y acogedora. Compañeros y amigos de Valencia, gracias.